La Divulgación Pública de la Prédica del Islam

La etapa de la predicación secreta no surgió por miedo, sino como una estrategia prudente destinada a fortalecer las bases de la fe dentro de un grupo reducido de creyentes firmes, antes de enfrentar la inevitable oposición de una sociedad politeísta. En el siglo VII, La Meca era un importante centro religioso y comercial cuya economía y organización social dependían del culto a los numerosos ídolos guardados en la Kaaba. Cualquier intento de cuestionar este sistema no solo se consideraba una blasfemia, sino también una amenaza directa al orden establecido y a la autoridad de los Quraish.

Siguiendo el mandato divino, el Profeta Muhammad subió al monte *As-Safa* y llamó a las tribus de Quraish para transmitirles el mensaje de Al-láh. Los llamó por sus distintos linajes, y cuando todos se reunieron, les preguntó: “Si les informara que un ejército está por atacarlos desde detrás del valle, ¿me creerían?”. Ellos respondieron afirmativamente, reconociendo su sinceridad. Entonces el Profeta les dijo que su misión era advertirles sobre un castigo doloroso y guiarlos hacia la verdad.

Luego se dirigió a cada grupo y familia, exhortándolos a protegerse del Fuego: "¡Gente de Quraish! ¡Sálvense a sí mismos del castigo de Al-láh! No tengo poder para beneficiarlos ni para salvarlos si desobedecen". Mencionó a los hijos de Ka'b, Murra, Qusay, 'Abd Manaf, Hashim y 'Abd Al-Muttalib, y hasta advirtió a sus propios familiares, incluyendo a su tío 'Abbas, a su tía Safiyya y a su hija Fátima, diciéndoles que solo su fe y obediencia a Al-láh podrían salvarlos.

Cuando terminó de hablar, la gente se dispersó sin reaccionar, excepto Abu Lahab, quien se enfadó y dijo con desprecio: "¡Maldito seas! ¿Nos reuniste solo para esto?". Este acontecimiento fue el comienzo de la proclamación pública del mensaje del Islam.

El Profeta comenzó a adorar a Al-láh públicamente, rezando en el patio de la Ka'ba durante el día, en voz alta y ante la vista de todos. Desde ese momento, la hostilidad de los incrédulos hacia él y sus compañeros se intensificó notablemente. Los politeístas de La Meca aumentaron sus burlas y críticas hacia el Mensajero de Al-láh, y sus compañeros, incrementando

gradualmente sus calumnias hasta afectar el ánimo del Profeta. Entonces, Al-láh lo fortaleció y le ordenó aquello que aliviaría su angustia, Al-láh dice en el Corán:

«Y bien sabemos que tu corazón se oprime por lo que dicen. ¡Glorifica con alabanzas a tu Señor y sé de los que se prosternan! ¡Y adora a tu Señor hasta que te llegue la certeza (la muerte)!» (*Al-Hijr*- 15: 98-99).

Los líderes de Quraish, al ver que el mensaje del Islam seguía extendiéndose, visitaron a Abu Ṭālib para exigirle que detuviera a su sobrino y le dijeron: ¡Oh Abu Talib! Tú tienes edad, honor y posición entre nosotros. Te hemos pedido que detengas a tu sobrino. ¡Por Dios! No toleraremos que insulte a nuestros ancestros, ridiculice nuestra inteligencia y critique a nuestros dioses. Detenlo o nos enfrentaremos a él y a ti, hasta que perezca uno de los dos bandos.

Abu Talib se sintió abrumado por esta severa amenaza. Mandó llamar al Mensajero de Al-láh (la paz sea con él) y le dijo:

¡Oh sobrino! Mi gente ha venido a mí con estas exigencias. Cuida de mí y de ti mismo; no me impongas lo que no puedo soportar.

Creyendo que su tío podría retirarle su protección, el Profeta dijo: "¡Oh tío! ¡Por Al-láh! Aunque colocaran el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda para que abandone esta prédica, no lo haría hasta que Al-láh la haga triunfar o perezca en el intento."

Tras escuchar estas palabras y ver la determinación del Profeta, Abu Ṭālib se conmovió y reafirmó su apoyo incondicional, asegurándole que no lo abandonaría ante sus enemigos.

Cuando los Quraish vieron que el Mensajero de Al-láh (la paz sea con él) persistía en su llamado y que Abu Talib se negaba a abandonarlo, comprendieron que fracasaron en las negociaciones y optaron por el camino que habían intentado evitar: atacar directamente al Profeta (la paz sea con él).

Ibn Mas‘ud relató: “Mientras el Profeta, , oraba en la Ka‘ba, Abu Ÿahl y sus compañeros lo observaban. Entonces uno de ellos propuso: ‘¿Quién irá a buscar las entrañas del camello de los Bani Fulán para colocárselas a Muhammad cuando se prosterna?’ Enviaron al más desgraciado de ellos, quien esperó hasta que el Profeta se prosternó y le puso las vísceras sobre la espalda entre los hombros. Yo lo veía, pero no podía intervenir. ¡Ojalá hubiera tenido fuerza!”. Ibn Mas‘ud agregó: “Se pusieron a reír entre ellos mientras el Mensajero de Al-láh, permanecía prosternado sin levantar la cabeza, hasta que llegó Fátima, su hija, que retiró lo que le habían puesto. Entonces él levantó la cabeza y dijo: ‘¡Oh Al-láh! ¡Castiga a Quraish!’, repitiéndolo tres veces”.

En un hadiz recopilado por *Al-Bujari*, el Profeta dijo: "Ningún profeta fue dañado tanto como yo". Este hadiz se refiere a las múltiples persecuciones, insultos, agresiones físicas y sufrimientos que el Profeta Muhammad ﷺ soportó por transmitir el mensaje del Islam, especialmente durante los primeros años en La Meca.